Año XVI. 16 Marzo 1876. Núm. 4,349

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán á D. Liberato Montells y García, administrador de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 16 de Marzo.

El Eco de Cartagena

EL ARTE DE ANDAR.

Tal es el título de un curioso y largo artículo en que el «Globe» de París, hace estudios comparativos sobre la marcha humana, y del cual tomamos lo que sigue:

«Hace tiempo que los fisiólogos han tratado de consignar el promedio de la marcha de la especie humana: unos dicen que, al paso regular, es al ménos de 3 millas (4 kilómetros 828 metros) por hora; otros que escede de 4 (6 1-2 kilómetros.) Esto hace una diferencia de 30 por 100 entre ambas estimaciones; y, si se hicieran otras nuevas probablemente no se llegarian tampoco á poner de acuerdo.

En Inglaterra, como en otras partes, puede haber, como hay, personas que, al paso gimnástico, recorren 7 millas (11 kilómetros 25) en una hora. Pero, al lado de estos, gran número de gentes, tanto hombres como mugeres, aun gozando de perfectísima salud, no pueden hacer mas de 3 millas por hora. Muchos habitantes de Lóndres, cuando hacen una carrera, la hacen á un paso cinco millas (cho kilómetros próximamente;) pero andan mas de una hora seguida Todas esas marchas prueban que, en materia de rapidez existe una gran diferencia entre las personas. Creemos que, por término medio, el francés anda fácilmente 6 kilómetros en una hora; pero es incuestionables, y la esperiencia lo prueba que si ese mismo francés ha de recorrer un miriámetro, arreglará su paso á 5 kilómetros solamente.

El paso y la marcha varían tambien segun las profesiones: un jokey y un buzo no andan lo mismo; y otro tanto sucede entre un marino y un labrador, un cochero no anda tanto como un sastre. La nacionalidad egerce tambien gran influencia: el francés no anda como el inglés, que difiere de un americano y este á su vez del español, el andador por escelencia.

Se aprende el arte del baile, el de, la carrera; pero no se aprende el arte de andar, que no es aprendible sino innato. El francés, aun de las clases inferiores, tiene una manera de andar que gusta generalmente á los estrangeros: es un paso vivo y alegre en que se revelan la vivacidad y el espíritu de la raza. Hay mas, el francés, y sobre todo la francesa no solamente fijan su atencion en la manera de andar, sino en la actitud que toman andando.»

Esto último puede decir con mas particularidad de las mugeres españolas, principalmente de las andaluzas y las madrileñas, que el aire de su andar constituyen el prototipo de la gracia y la elegancia.

En cuanto á la fuerza y á la velocidad, los andarines españoles no reconocen rivales: la infantería española tiene universalmente reconocido el primer lugar entre todos los egércitos del mundo: los soldados españoles que fueron á Rusia con el gran egército de Napoleon, admiraron á los de las diversas nacionalidades que lo componian. Al acampar, despues de aquellas penosísimas marchas, mientras todos los demas se tendian estenuados de fatiga junto á las hogueras del vivac, los españoles armaban bailes al son de cualquier guitarrillo, antes de dedicarse al descanso. Esto en cuanto á la generalidad.

Por lo que respecta á las individualidades, pocas naciones la han producido mas estraordinarias: el célebre Genaro, natural de Madrid asombró en 1855 á los habitantes de Lóndres y de Puris, en cuyas capitales dió espectáculos corriendo en competencia con los caballos de raza especialmente dedicados á la carrera. Recordamos su famosa apuesta de resistencia, verificada en Lonhchamps á fines de Setiembre, que empezó á la una de la tarde á la vista de un gentío inmenso, y á las ocho de la noche todavia corria Genaro entre la doble fila de espectadores y de bugías encendidas por esto, despues de haber vencido á ocho caballos. A las diez y media de la noche, el incansable «courreur espagnol,» como le llamaban, despues de haber tomado un baño y cambiado de traje, se sentaba á la mesa con varias individuos del Jockey Club y el autor de estas lídeas en el restaurant de Peeters. Genaro, dotado segun los medios de una estructura pulmonar privilegiada, tenia unos piés estraordinariamente pequeños.

(G. de los C. de H.)

MISCELANEA.

LAS CATARATAS DEL NIAGARA.

EN INVIERNO.

No vamos á describir las cataratas del Niágara, de las que han hablado tanto los viajaros, que no hay ya nadie que no las conozca. Pero si se ha hablado mucho de estas cataratas contempladas durante los hermosos dias de estío, rara vez se han mencionado los estraños esplendores que reserva al viajero que las observa en la época en que nos encontramos, es decir, durante los frios mas intensos del invierno. En la época de los grandes hielos, sus verdes aguas se destacan vigorosamente entre campos cubiertos de nieve, y su hirviente espuma se alza en medio de un verdadero caos de témpanos y de agujas de hielo.

El vapor que se eleva de las cataratas, al pasar al estado sólido, cubre todos los objetos inmediatos de un verdadero manto de hielo de deslumbradora blancura. Los árboles se encorvan graciosamente bajo su peso, tomando el aspecto de vegetales de mármol. Cada rama se cubre de franjas heladas, y cada tallo de yerba queda cubierto por un caparazon de hielo.

En la parte inferior de la gran caída, las grutas que allí existen, y que durante el estío están llenas del polvo de agua que levanta la catarata se transforman durante el invierno en incomparables maravillas.

Estalácticas de hielo suspendidas á las paredes de la bóveda natural, forman el cuadro más extraño que puede imaginarse; son tan trasparentes como el cristal, tan brillantes como las piedras más límpidas, y se reflejan en el espejo de las heladas aguas.

Los efectos de hielo ofrecen al viajero muchas escenas grandiosas en las inmediaciones de las cascadas presentando otros no ménos curiosos en todos los campos inmediatos y hasta mucha distancia de las cataratas. Las aguas del rio que salen del lago Erié, arrastran enormes masas de hielo que flotan como inmensas balsas; acumúlanse entre la cascada y el puente de New-Iris, formando allí un gigantesco puente de hielo, espléndidamente decorado con cristalizaciones de las formas mas variadas. El agua solidificada toma el aspecto de cortinajes ondulantes y trasparentes como el cristal, ó cae formando columnas delgadas, que dan nacimiento á edificios naturales de arquitectura tan caprichosa como magestuosa. A fines de enero reúnense muchos viajeros en las inmediaciones de este gigantesco puente de hielo, y mas de cien personas lo cruzan á pié diariamente, sin cansarse de contemplarle en todos sus detalles. Anualmente crece de un modo considerable el número de viajeros que recorren el Niágara durante el invierno.

La gran catarata, observada por el lado canadiense, atrae tambien muchos visitadores; la blanquecina espuma que produce durante el estío aquella enorme masa de agua en la parte inferior de su caida, queda reemplazada por témpanos amontonados en número incalculable, formando un murallon natural de considerable altura. Puede decirse que el cuadro cambia constantemente, porque, segun el estado de la atmósfera, los témpanos se sueldan unos con otros, ó se separan; en tanto los arrastran las aguas y ruedan con estrépito, en tanto aumentan de espesor y se cubren de estaláctitas, de las que brotan millares de brillantes chipas cuando las ilumina los rayos del sol.

(Revista Europea.)